

LA MUJER,

PERIODICO

escrito por una sociedad de señoras y dedicado á su sexo.

Este periódico sale todos los domingos; se suscribe en Madrid en las librerías de Monier y de Cuesta, á 4 rs. al mes; y en provincias 10 rs. por dos meses franco de porte, remitiendo una libranza á favor de nuestro impresor, ó sellos de franqueo.

POESÍAS

DE LA

SEÑORITA DOÑA ANGELA GRASSI.



No vamos á emitir un juicio crítico de las poesías que acaba de publicar nuestra distinguida colaboradora la señorita D.^a Angela Grassi; pues además de que esto seria imponernos una tarea superior á nuestras fuerzas, somos por otra parte amigas de la autora, y nuestros elogios se crearian mas bien tributados á la amistad que al verdadero mérito de las composiciones. Vamos únicamente á decir á nuestras lectoras la agradable impresion que se experimenta al recorrer el libro de la señorita Grassi, el bálsamo consolador que infunde al alma su lectura en medio de las tiernísimas quejas y suspiros que exhalan casi todas sus páginas.

Este libro, que ha aparecido en el mundo literario sin pretension ninguna, se recomienda por sí solo. Es un libro escrito con el corazón, y en que su autora hace partícipes á sus lectores de las tiernas emociones que agitan su alma. Su mayor mérito consiste en su profunda moralidad y en el dulce sentimiento que revela cada una de sus líneas. Lejos de imitar la confusa palabrería de algunos de nuestros escritores, en cada una de sus palabras se encierra un pensamiento. Uno de nuestros mas ilustres poetas y concienzudos críticos ha dicho que nuestra colaboradora ha nacido poeta; tambien ha dicho el mismo que pocos han comprendido mejor y han sabido hacer comprender la grandeza y majestad de Dios, y en este género es sin disputa ninguna en el que sobresale nuestra poetisa. Sus concepciones son hijas tanto del estudio como de la inspiracion, y reunen

una sencilla elocuencia á su versificación sonora.

Hemos dicho que estas poesías se recomiendan por sí solas; nos limitaremos pues á citar algunas estrofas tomadas al acaso, para dar á nuestros lectores una idea de las bellezas que encierran.

Casi todas sus aspiraciones se dirigen á Dios, y así nada hay mas tierno que su *Plegaria*, que abunda en pensamientos delicados; nada tampoco hay mas bello que sus *Recuerdos de la Patria*, que uno de nuestros poetas ha calificado de modelo. Reina en toda ella una dulce sencillez adecuada al objeto que la inspira, y así al recordar los apacibles dias de su infancia, esclama con dolorosa tristeza:

La tierna flor se inclina
Lejos del suelo que nacer la viera;
Así mi ser declina,
¡Y, oh Dios, quién lo creyera!
Desfallezco en mi verde primavera!

El soneto á la *Creacion* es una de sus mejores composiciones, y concluye con este hermoso terceto, en que apostrofando á la naturaleza dice:

Decidme: ¿quién os dió tan claro brillo?
¿Quién tachonó el espacio de diamantes?
¿Quién?—El que ciñe la inmortal corona!

La *Meditacion* abunda en imágenes llenas de grandeza y majestad, y revela un sentimiento religioso que convence á la razon y conmueve al alma.

La *Plegaria de la joven ciega* une á su ternura unas máximas consoladoras; así el espíritu se siente elevado sobre las pequeñeces de la tierra al leer su final:

¿Qué importa arrastrar penosa
En este mundo sombrío,
Do todo es nada y vacío,
Una vida de dolor;
Si el Eterno nos reserva
En su mansion de consuelo

Por cada tormento un cielo,
Por cada espina una flor?

Su oda á la *Caridad* puede casi competir con la de Fr. Luis de Leon á la *Ascension*. Las dos estrofas que copiamos son de una delicadeza esquisita:

Ya la Esperanza pura,
La sacrosanta Fé que el hombre odioso
Manchó con mano impura
De lodo cenagoso,
Huyeron de este suelo doloroso.
¿Y tú tambien te alejas?
Oh! vuelve por piedad, virgen queridal
¿No ves que, si nos dejas,
La tierra convertida
Será de fieras en fatal guarida?

¡Con cuánta poesia, con cuánta ternura está escrito el *Himno al Creador*! Estasiada con el bello espectáculo de la naturaleza, dirige su pensamiento al Creador de todos los seres y esclama con entusiasmo:

De ese Dios que dijo al hombre
Al lanzarlo al mundo: *Ama,*
Ve en los hombres tus hermanos
Y será el cielo tu patria.
Por un mar lleno de escollos
Vogará tu pobre barca;
Senda erizada de espinas
Tendrá que cruzar tu planta.
Pues bien; te daré yo un faro
Que te guíe en la esperanza,
Un consuelo en el perdon,
Y de amor una ley santa.
Sufrir y amar es tu sino,
Que de amor formé tu alma:
El que ame y sufra obtendrá
Los tesoros de mi gracia.
Navega pues entre escollos,
Desafia la borrasca,
Que Dios por tí vela siempre,
Y sus consuelos te guarda!

Su mente pensadora lamenta la frívola indiferencia con que el hombre contempla su inevitable destruccion, y así la pinta en su composicion á la *Immortalidad*:

Que este frívolo mundo al que hoy admira
Mañana olvida, como tierno infante
Roto juguete con desprecio mira,
Y algun nuevo joyel busca anhelante!

Y luego añade con dolorosa compasion:

Misera humanidad! esa cabeza
Que en su orgullo tal vez del firmamento
Pretendió analizar la alta grandeza,
Es juguete de un átomo de viento!
Misera humanidad! en su locura
Piensa dictar su ley al orbe todo:
Llega la muerte con su faz impura,
Y el gigante inmortal vuelve á ser lodo!

La que dedica á la Reina, antes de su alumbramiento, abunda tambien en rasgos llenos de dulzura

y sentimiento, y despues de recordar muy oportunamente la visitacion de santa Isabel á la Virgen Maria, esclama como inspirada aludiendo á las almas de los héroes españoles:

Mira, Señora, en prolongada hilera
Llegan las almas de los héroes fieles
Que ilustraron de España la bandera
Y ostentan en el cielo sus laureles.
Se postran ante tí, Virgen querida;
Qual yo te imploran por su Reina amada:
No deseches plegaria tan sentida,
Haz feliz á la España desdichada!

La que titula á la muerte de un amigo es indudablemente una de las que mas lauro deben reportarle. Reina en toda ella una dulce melancolia, y el alma se siente conmovida al leer la descripcion que hace de la terrible lucha que sostiene en el mundo el genio desdichado. He aquí como pinta el anhelo del poeta:

Cual árbol que su alta copa
Hasta las nubes levanta,
Mientras la noche á su planta
Tiende el fúnebre capuz;
Así él, que en este mundo
Solo vió sombras y duelo,
Se remontaba hasta el cielo
Espacio buscando y luz.

Y luego describe su muerte con un colorido tan dulce, que la hace casi apetecible al alma fatigada de los embates de la vida.

Lejos estaba la noche,
Lejos la calma anhelada,
Y en medio de la jornada
Detuvo el cansado pié;
Y formando con sus lauros
Dósel hermoso y risueño,
Se entregó en brazos del sueño
Lleno de amor y de fé.

El espectáculo de una tempestad le arranca acentos llenos de vehemencia y energía, y despues de pintar el desórden de la naturaleza cree ver reflejada la imágen de Dios en las nubes y esclama:

Callad: su voz sublime la tempestad transmite;
Al padre ha reemplazado el soberano juez:
Temblad ¡ay! que irritado al universo grite:
Lo que fué humilde polvo que polvo vuelva á ser.

Igual energía y entusiasmo respira su composicion á Venecia. Una de las poesías que abunda en mas bellezas, y en la que campea mas su fé religiosa, es la que dedica á la señorita doña Ramona Lisboa. Despues de comparar la pequeñez de las obras humanas con la grandeza de las divinas, esclama transportada:

Dios es tan solo, Dios! Miro su mano
En cuanto toco, su clemencia veo:
Cada átomo de polvo es un arcano
Que encierra un mundo de su amor trofeo.

También es digna de elogio la última, dirigida á *Barcelona*, en la cual hay estrofas tan bien acabadas como las siguientes:

En sus ondas de límpida esmeralda.
Refleja altiva su gigante sombra;
Forman los altos montes su guirnalda,
Tiende el valle á sus piés variada alfombra.

Después de presentar estos ejemplos, terminaremos nuestra humilde reseña con las palabras del *Heraldo*, que al ocuparse de estas poesías dice haberlas entre ellas de tanto mérito, que bastarían á darle fama á cualquier poeta. Damos pues la enhorabuena á la señorita Grassi, y le aconsejamos haga una completa edición de todas sus obras.

Ana Maria.

ANGÉLICA.

II.

(CONTINUACION)

Sus ojos clavados en el cielo parecían que imploraban su compasión, y las lágrimas que bañaban sus mejillas demostraban bien el pesar que la devoraba. De repente el galope de algunos caballos la arranca de su meditación. Angélica se estremece. Recuerda que aquellos alrededores están llenos de tropas realistas, y el temor de que descubran el asilo de su esposo llena su alma de confusión y espanto. Se levanta precipitadamente, quiere huir; pero ya no es tiempo. Dos guerreros montados en brillantes corceles atraviesan el camino y pasan por delante de ella.

—Pardiez! dice uno de ellos, hemos causado un susto terrible á esa pobre mujer. ¿Qué hará aquí esa infeliz á semejantes horas y con un frío tan espantoso?

Estas palabras llamaron la atención de su compañero, que fijó en ella sus miradas y exclamó con un inesplicable acento de alegría, de sorpresa y de dolor:

—Angélica!...

Angélica le mira, le reconoce, es el Delfín, es Carlos VII, el primero y único hombre que ha sabido hacer palpitár su corazón y cuyo dulce recuerdo no se ha borrado nunca de su mente, profesándole una adoración tan casta y pura como la que los ángeles tributan á su Dios. Pero pasado el primer momento de turbación recuerda sus deberes, y cayendo de rodillas ante él esclama con voz suplicante:

—Piedad, señor, piedad para mi esposo!

—Nunca, Angélica, nunca! grita Carlos baján-

dose apresuradamente del caballo y levantándola con apasionada ternura. Pídeme lo que quieras, pero no su vida. Es un traidor!...

—Es un inocente á quien han perdido falsas calumnias tramadas por sus enemigos.

—Las leyes le han juzgado, y yo no debo, no quiero revocar su sentencia.

—Pues bien, otorgadme su perdón. Está moribundo, tal vez habrá espirado á estas horas agobiado por su aflicción y su miseria.... perdonadle en nombre de vuestro antiguo amor, en nombre de mi pobre hijo!

—Está moribundo! repitió Carlos radiante de alegría; oh! Dios quiere que desaparezca el obstáculo que separaba nuestros corazones! Angélica, te amo como te amaba en aquellos felices días de nuestros sencillos amores. Angélica, voy á alcanzar una corona, yo ceñiré con ella tu hermosa frente.

—Callad, exclamó Angélica rechazándole: esa corona no la quiero. No la aceptaría aunque la desgracia me privase de mi esposo. Debo vivir para mi hijo, á quien no le queda otro amparo que yo sobre la tierra.

—Pues bien, yo seré el padre de tu hijo, Angélica. Sígueme. Por tí, por él, que gime en la miseria, debes acceder á mis ruegos.

—Basta, señor. Olvidais que existe un hombre que puede pedirme cuenta de mis afectos, un moribundo que cifra en mi cariño su última esperanza!

—Pero este hombre durante el período de su opulencia te ha abandonado por otra mujer despreciable y se ha complacido en tu llanto y en tus sufrimientos!

—Señor, si yo le abandonase en la desgracia me nivelaría á él faltando á mis sagrados deberes. Dios no quiere que nos tomemos la venganza. A él solo compete juzgar á los hombres y darles el premio ó el castigo que merezcan. Olvidad lo pasado, y ved tan solo en mí una mujer desolada que os implora de rodillas que perdoneis á su infeliz esposo.

—Perdonar yo al que me ha robado cuanto tenía de mas precioso en el mundo, el corazón de la mujer que idolatraba? Oh! nunca, nunca!

—Señor, los reyes son imágenes de Dios sobre la tierra; los reyes no deben vengar ofensas particulares; los reyes deben perdonar para ser perdonados.

—No, jamás. ¿Dónde está tu esposo? responde, dónde está, para que yo pueda saciar en él mi venganza?

—Carlos, exclamó Angélica con tristeza, os

creía justo y bueno como en el tiempo en que proscrito y desamparado no abrigábais ningún odio contra vuestros enemigos. Como tal os profesaba un sincero cariño de hermana. Os había erigido un templo en mi corazón, y os ofrecía en holocausto un apacible y puro recuerdo, haciendo votos por vuestra felicidad. Veo que el tiempo y la fortuna han cambiado vuestro corazón y que vuestra alma ya no es hermana de la mía. Adios, vuestras palabras han extinguido el aprecio que os profesaba, y ya no sois nada para mí.

Angélica al pronunciar estas palabras con digna severidad se aleja, y Carlos turbado y confuso no intenta detenerla.

Ya había desaparecido entre las tortuosidades del camino cuando murmuró en voz baja:

—He hecho mal. Me he abandonado imprudentemente al primer impulso del corazón. He traspasado el alma de esa mujer desdichada. Mi conducta no ha sido noble: tiene razón: soy indigno de ella, soy indigno de ceñir la corona de Francia! Sigámosla, añade en voz alta dirigiéndose á su compañero.

Volvió á montar tristemente á caballo, y ambos se lanzaron al galope por el camino por donde Angélica había desaparecido.

En el interior de una miserable choza, al pálido resplandor de una lámpara próxima á extinguirse, se veía á una vieja que prestaba atento oído al mas leve ruido de pisadas, y corría á abrir la puerta volviendo despues tristemente á su sitio. En un rincón del aposento, sobre un montón de paja, yacía un hombre cuyo semblante pálido y moribundo daba á comprender que se hallaba gravemente enfermo. Cerca de él, sobre una estera, dormía un gracioso niño con la sonrisa de la inocencia en los labios y la calma de la ignorancia pintada en su sonrosado semblante.

Un golpecito dado á la puerta arrancó á la vieja un grito de alegría y corrió apresuradamente á abrir.

Era Angélica. Dejose caer sobre un banco y preguntó á la vieja con el mas vivo acento de inquietud:

—Y él, Ursula, y él? Vive todavía?... Responde por piedad.

—Duerme, dijo esta en voz baja; pero su estado es tan fatal que apenas da esperanzas de vida.

—Dios mío! exclamó la infeliz retorciéndose los brazos con desesperación; y se han acabado ya todos los recursos, y nada me queda ya que esperar! A

cuantos me he dirigido solo me han mostrado corazones de acero, y me han despedido con la mayor dureza.

—¿Ya no hay esperanza pues?

—Ninguna!

(Se continuará.)

Angela Grassl.

Con el mayor placer trasladamos á nuestras columnas la siguiente poesía debida á la pluma de la señorita Moreno Nartos, cuyas brillantes dotes ha tenido ya ocasión de apreciar el público de Granada:

A LA MUERTE DEL DISTINGUIDO ARTISTA

DON MANUEL MORENO BIEDMA.

Tejed coronas de amarillas rosas,
entonad vuestro canto, trovadores,
y del Genil las ondas espumosas
repetirán del alma los dolores.

Que marchitó una flor brisa temprana
y robó sus aromas á este suelo,
disipando las glorias de un mañana,
para siempre guardándole en el cielo.

Segundo Zurbaran, ricas creaciones
nos trasmitió con mágica paleta;
arrullaba el laurel sus concepciones
entre sueños de artista y de poeta.

Acaso comprendió su alma elevada
cuán pobres son los goces mundanales,
ilusión pasajera y agitada
mecida por furiosos vendavales:

Que es triste por demás, que es harto triste,
cruzar la vida entre halagüeñas glorias,
sin alcanzar lo que en la mente existe,
sueño ideal de dichas transitorias.

Pero no sea, no, la lira mía
quien turbe su reposo funerario.
Artistas, respetad su losa fría,
y en cada corazón tenga un sagrario.

Josefa Moreno Nartos.

CAROLINA CORONADO.

(CONTINÚA.)

Pero en tanto que la suerte parecía haber predestinado á Carolina á la limitada esfera de la vida doméstica, la casualidad suministró estímulos para alimentar las elevadas aspiraciones hácia lo bello y glorioso de esa alma formada con la prodigalidad de la naturaleza. Durante la niñez de Carolina las vicisitudes políticas turbaron el reposo de la familia Coronado, la cual se vió así obligada á trasladarse por algun tiempo á Badajoz. Su abuelo fué víctima del partido dominante, y su padre, alrigando y proclamando opiniones que por su liberalismo exaltado se consideraban entonces como de tendencia peligrosa, hubo de sufrir un largo encarcelamiento. Todos los días tenía el preso la satisfacción de ver á su mujer y á su hija, la cual no tenía entonces mas de cinco años de edad. En el alma de esta, niña por su edad, pero con una extraordinaria madurez de inteligencia, parece que causaron una profunda impresion las infinitas vejaciones que sufrió entonces su madre para poder comunicarse con su marido. De aquí nació probablemente su honda aversion á ese partido, y no el primer gérmen de ese espíritu patriótico que de cuando en cuando brota en arranques de entusiasmo la lira de nuestra poetisa, generalmente templada para mas suaves melodías. El amor de la patria es un sentimiento de que participan las mujeres de todas clases y condiciones en España, bien que sean pocas las llamadas á demostrarlo por sus acciones.

Los tempranos infortunios de su familia, su continua residencia en el campo, en medio de la eterna soledad de la naturaleza, solo diversificada por las pintorescas ruinas de otros tiempos, y la constante lucha de una índole altiva aunque suave para continuar en su carrera de progreso intelectual, á pesar del ceño de sus amigos y de la mofa de los envidiosos y mal intencionados, y muy particularmente de las personas de su sexo, todo esto ha contribuido sin duda para alimentar la ligera tinta de melancolía que vela la frente de la poetisa, cuya huella está impresa en sus primeros esfuerzos.

Su primer ensayo en escribir data de la edad de diez años. Le sirvió de tema la muerte de un pájaro, el cual fué envuelto en el mismo papel en que se escribió la elegía.

A los catorce años escribió sus primeros versos en una carta dirigida á una jóven amiga suya. La

siguiente estancia final dará alguna idea del estado en que se hallaba á la sazón el ánimo de la escritora, cuyo genio, cual el de otra *Picciola*, pugnaba por salvar las vallas que lo rodeaban:

Yo me siento violenta y comprimida
Como el niño que hablar quiere y no sabe;
Una cosa en mi alma está escondida....
Vivo abrumada por su peso grave....
Un concierto suave
Escucho en mis sentidos,
Cual si dentro de mí hubiera sonidos.

Pero no fué sino un año despues cuando la modesta musa de Estremadura apareció ante el público. Su primera composicion impresa, *La Palma*, fué aplaudida con el mayor entusiasmo y mereció el elogio de un orador y literato distinguido (1), cuyo nombre es una garantía de mérito en todo lo que él sanciona. Este escelente poemita le grangeó tambien el tributo de cuatro estancias dirigidas á la poetisa por uno que le habia precedido en la senda de la fama, Espronceda. Con la felicidad de espresion que le distingue calificó sus versos como *la música de la inocencia*.

En 1838 los horrores de la guerra civil de que era teatro España dieron motivo á una ligera demostracion de los sentimientos patrióticos de Carolina. Sus hábiles manos bordaron una magnífica bandera para el nuevo regimiento que se formó para salir de Badajoz á defender la causa de la libertad. La diputacion provincial de Badajoz manifestó su reconocimiento por el regalo en un oficio que entre otras frases en que hacia justicia al patriotismo de Carolina y al primor de su trabajo, contenia la siguiente: «La diputacion no puede ofrecer á V. las merecidas gracias; la mejor recompensa para un corazon como el de V. será que los valientes que hayan de seguir al regalo de V. al campo de batalla, recuerden al regresar á sus hogares á aquella que con sus manos delicadas ha bordado el emblema en cuya defensa habrán derramado tan pródigamente su sangre.» Este honroso testimonio iba acompañado de una sortija de brillantes, en la cual iba grabado el nombre del regimiento.

Y no se crea que la jóven poetisa se hubiese des-
embarazado aun de las trabas que en su niñez se habian opuesto á sus adelantos. El éxito no habia santificado la eleccion de carrera hecha por Carolina. Sus gustos literarios estaban hartos en desacuerdo con las nociones recibidas de decoro femenino para obtener de su familia y de la gente de su pueblo la in-

dulgencia que le habian dispensado personas mas ilustradas de otras partes. Aun despues de haber sido coronados sus esfuerzos por una acogida tan lisonjera, que parecia darle derecho para disponer del tiempo á su albedrio, continuaba su madre exigiéndole que se dedicase á las faenas domésticas, y Carolina, dócil siempre á los deseos de una madre á quien á pesar de la contraposicion de sus miras profesaba un cariño respetuoso que raya en la idolatria, sobrellevó con gusto la parte que le cupo en los cuidados consiguientes á una familia de ocho hermanos de ambos sexos. El corto espacio de tiempo de que podia disponer antes de exigirsele que comenzase las labores del dia lo dedicaba al estudio de los libros que podia obtener prestados, y durante las largas horas que empleaba en sus obras de costura, sus pensamientos lanzándose libremente por las bellas regiones de la fantasia, ó vagando por alguno de los romancescos lugares que se complacia en visitar durante sus escursiones, se ordenaban en la esquisita forma bajo la cual salian despues á la luz pública, porque, extraño como debe parecer, Carolina, confiada plenamente en su memoria, ha compuesto todas sus poesias sin el auxilio de la pluma. Cada una de ellas estaba concluida enteramente antes de haber sido transmitida al papel.

(Se continuará.)

PENSAMIENTOS DE MUJERES CELEBRES.

En amor la bondad hace ingratos; la dulzura, tiranos; la buena fé perfidos. —*Mad. Riccoboni.*

Casarse es echar atrevidamente á una lotería de suerte donde tan pocas veces salen premiados los billetes. —*Mad. Lespinasse.*

El amor, que no es mas que un episodio de la vida del hombre, es la historia entera de la vida de la mujer. —*Mad. Stael.*

La libertad es incompatible con el amor; un amante nunca es mas que un esclavo. —*Mad. Delaunay.*

Los viejos libertinos son asquerosas arañas que algunas veces atrapan lindas mariposas. —*Ninon.*

Los hombres forman á las mujeres para el amor y les prohiben su uso. ¡Esto es ser consecuentes! —*Mad. Lambert.*

—La mujer no tiene mas que un horizonte limi-

tado, y las paredes de la casa conyugal le miden. —*Mad. Stael.*

¡Una mujer honrada debe estar contenta con su marido cuando no la pegue, no la riña ni la deje carecer de nada. —*Mad. Brissac.*

Los maridos se imaginan todo y no comprenden nada. —*Jorge Sand.*

Dios colocó á la mujer en la tierra para que el hombre no hiciese demasiadas cosas grandes. —*Mad. Lespinasse.*

La hermosura es como los olores, cuyo efecto es de poca duracion: acostumbrados á ellos no se les siente. —*Mad. Lambert.*

Una jóven en manos de un viejo es un pájaro en manos de un niño. —*Sofia Arnauld.*

El amor es un niño grande, la mujeres una muñeca. —*Mad. Voillez.*

Nada hay mas amable que un hombre que se ame, pero nada hay mas odioso que un seductor. —*Ninon.*

MODO DE LIMPIAR LOS MERINOS.—Para limpiar esta tela lo mejor posible, dice un periódico, se principia por lavarla en agua tibia, en la cual en lugar de jabon se echan raspaduras de patatas peladas. En seguida se enjuaga con agua de rio, y luego se tiende en una cuerda para que se seque.

El lunes recibió S. M. la Reina en audiencia particular á la señorita D.^a Carolina Coronado. Esta poetisa tuvo la honra de poner en las reales manos algunos ejemplares de una poesia dedicada á S. M., y nuestra augusta soberana dió á la jóven autora repetidas muestras de su bondad.

La señorita Coronado debe haber salido ya para Andalucía.

POESIAS

de la señorita doña Angela Grassi.

Véndese á 4 rs. en las librerías de Monier, carrera de S. Gerónimo; Rios, calle de Jacometrezo; Oliveres, calle de la Concepcion Gerónima, y en la imprenta de este periódico, calle de María Cristina núm. 8 cuarto bajo.

MADRID, 1852.

Imprenta de don José Trujillo, hijo,
Calle de María Cristina, número 8.